

La vuelta al mundo en 80 días

Julio Verne

loqueleg

Mapa de viaje

Donde se le da la bienvenida al lector

7

Bienvenido, lector, a la maravilla, al viaje, a la lectura; bienvenido a una de las novelas más famosas de un gran escritor de aventuras y ciencia ficción. Bienvenido al mundo de Julio Verne y, en este caso, a las peripecias vividas por el *gentleman* Phileas Fogg y su recámara Jean Paspartú, durante el viaje magnífico que conforman las páginas de este libro que conocemos bajo el título de *La vuelta al mundo en 80 días* (*Le Tour du monde en quatre-vingts jours*).

La historia fue publicada originalmente por entregas (capítulo por capítulo) en el diario *Le Temps*, desde el 6 de noviembre hasta el 22 de diciembre de 1872, año que, vale decir, es el mismo en que se sitúa la acción. Unos meses después, en 1873, tales episodios fueron compilados y convertidos en un libro.

Ya para el momento en que los avatares de Fogg y su asistente se iban entregando por partes en el periódico, Verne era un autor respetado, consagrado. Una década antes (1862) había firmado con el editor Pierre-Jules Hetzel un contrato por veinte años, prorrogable. Su primera publicación con él sería *Cinco semanas en globo*, novela que inició la colección concebida por el mismo Hetzel y que se conoce con el nombre de *Viajes extraordinarios*. Al final, *Viajes extraordinarios* terminó constando de cincuenta y cuatro novelas de Verne presentadas por ese sello.

En 1864 el escritor entregó *Viaje al centro de la Tierra*, que resultó también todo un éxito, y al año siguiente, apareció *De la Tierra a la Luna*. Pero sobre todo, en este año Verne abandonó su trabajo en la Bolsa, que había tomado por influencia de su padre y para hacer también dinero mientras se dedicaba a escribir. Amaba la escritura y también su tiempo libre —tiempo para vivir, para llenarse de experiencias—, por lo que empezaría a alternar con mayor fuerza los viajes y la escritura. Así, en 1867 visitó los Estados Unidos y publicó la primera parte de *Los hijos del capitán Grant*. Al año

siguiente compró su primer velero, el Sain-Michel I, y sacó la segunda parte de los hijos de Grant. En 1869 viajó luego por Inglaterra y España y nos legó *Veinte mil leguas de viaje submarino* (también en su primera parte). En 1870 asistió a la guerra franco-prusiana, al tiempo que se editó la segunda parte de *Veinte mil leguas de viaje submarino*. Su padre, que tanto influyó en su vida, murió en 1871. Así que para 1872 ya Verne no solo era un hombre de éxito, sino que había viajado y era totalmente libre de hacer lo que le placiese. Apenas un parpadeo, y *La vuelta al mundo en 80 días* era otro éxito. Primero en prensa, luego en libro, luego en teatro.

A estas alturas Verne había demostrado de sobra que tenía una imaginación portentosa que abarcaba tanto la aventura como la ficción inspirada en la ciencia. Había llevado a la gente de su tiempo a lugares donde nunca nadie la había llevado, y *La vuelta al mundo en 80 días* es, sin duda, una de sus novelas más inspiradoras. En ella se nota el encanto, la fascinación y el asombro por un mundo que está todavía por descubrirse; en ella todo se mueve hacia adelante y a través de los lugares más exóticos y coloridos; pero en ella, sobre todo,

hay valentía, amistad e hidalguía. Los protagonistas de *La vuelta al mundo en 80 días* son personajes llenos del orgullo de ser hombres de su tiempo, capaces de superar retos, de alzar la frente y vencer, con dignidad y empeño, cualquier obstáculo. Los protagonistas de esta historia creen en el honor y el deber. No andan mendigando derechos, sino que también tienen muy claro que deben respetar, que deben cumplir con sus deberes. Tampoco son hombres que forman parte de una masa que se deja arrastrar por el pensamiento único. Phileas Fogg, ya lo veremos en la lectura, es un hombre que cree en su tiempo, que cree en su país, que cree incluso en el poder político británico. Pero Fogg es, sobre todo, un hombre responsable de sus propias ideas, de sus propias acciones. Responsable es la palabra, sí, este caballero es un individuo responsable que tiene un deber para consigo y para los demás. Desde su individualidad parte el bien colectivo. Nada de lo que hace daño a los otros. Siempre respeta, siempre es caballero.

Todo esto está en *La vuelta al mundo en 80 días*. Un gran libro de aventuras y de hombres empeñosos que espero disfruten, pues yo lo disfruté

mucho cuando tenía unos trece o catorce años. El ejemplar estaba allí, en la biblioteca de mi casa, y me imagino que mis padres lo habrán comprado para mí, o quizás yo mismo lo compré en un barco librería que visitó Puerto Cabello (mi ciudad natal) hace muchísimo años. No sé, el libro estaba allí, eso es lo que importa, y lo leí. Ese libro fue importante en mi formación como lector. Hoy día agradezco la oportunidad de presentártelo y además de escribir sobre él, y sobre Julio Verne. A quien pasaremos a conocer a continuación.

11

Bienvenido seas, pues, y sigamos.

Donde se habla un poco más de Julio Verne

Parecía un capitán de barco. Así, con el rostro altivo, barba abundante, bigotes gruesos, cabello blanco o gris, la frente descubierta, los ojos pequeños, apretados, escrutadores. Parecía sí, un capitán de barco, un hombre que ha recorrido mares, que ha vivido la vida. Julio Verne, en efecto, fue un gran viajero. Un viajero de las palabras, de la imaginación, y un viajero real.

Su primer gran viaje, el de la vida, comenzó en la isla de Feydeau, en Nantes, el 8 de febrero de

1828. Vino a estas tierras —o más bien a las tierras francesas— bajo el nombre Jules Gabriel Verne. Nantes, cabe decir, es una ciudad portuaria. Quizás algunas personas que viven cerca del mar sienten esa necesidad de ir más allá, de traspasar el horizonte. Quizás algunas personas entiendan que el mar es una magia. Por cierto, ¿sabes que el lema del escudo de Nantes dice: «Neptuno favorece a los viajeros»? Por supuesto, Neptuno es el dios romano del mar.

Jules Gabriel (obviamente en ese momento no tenía barba y no parecía un capitán de barco), era el mayor de los cinco hijos del matrimonio Verne, formado por el abogado Pierre Verne y por la señora Sophie Allotte de la Fuÿe. Para Jules siempre se quiso que siguiera la carrera del padre, pero también, se cuenta, la aventura campeó siempre a las puertas de su casa. Tuvo, obsequio de su padre, un pequeño velero, y también dicen algunos que en 1839, a la edad de once años, se fugó de su casa para enrolarse en un barco mercante como grumete. Su rumbo era la India (en la India transcurre una buena parte de *La vuelta al mundo en 80 días*), donde el joven Julio —digámosle Julio de una

buena vez— tenía la intención de comprar un collar de coral para su prima Carolina, de quien se había enamorado. La historia continúa diciendo que su padre lo ubicó justo antes de zarpar. Se dice que, a raíz de esto, Julio prometió no viajar nunca más. Bonita historia, solo que no nos consta que sea cierta. Además, se sabe, Julio Verne sí viajó, y tuvo tres yates, todos de nombre Saint Michel, con los que visitó varias costas y ciudades portuarias de Europa. También viajó por tierra, y estuvo en Irlanda, Inglaterra y Noruega. Llegó incluso a visitar los Estados Unidos de América.

Lo que sí es cierto es que desde muy joven comenzó a escribir. También a esta edad se aficionó a la geografía y a las ciencias. Allí, en esa triple conjunción de gustos se gestaría el futuro escritor. En él, además, se manifestó desde temprano una característica propia de los grandes artistas: la curiosidad. La de Verne le duraría toda la vida, y sería casi enfermiza.

Para 1848 lo tenemos en París, estudiando a duras penas derecho, la profesión de su padre, con quien siempre mantuvo una tensa relación. Su padre consideraba que sus aspiraciones literarias

eran estériles. Por otro lado, su prima Carolina, que nunca le prestó atención, se había comprometido ya con otro hombre. Así que ahí veíamos al joven Julio en París, lejos de su padre, negado de amor, pero con la libertad de desarrollar su pasión literaria. Pronto conoció a los Dumas, al padre y al hijo; el padre, sobre todo, sería una gran influencia en su vida. Aupado por él, se puso a escribir teatro. Gastó su dinero en libros, se la pasaba metido en la biblioteca investigando sobre países, culturas y adelantos técnicos y científicos. Con todo, se graduó de abogado. Su padre lo quería de vuelta para que se encargase del bufete familiar; él se negó y su padre le cortó la jugosa mesada. Aún así, Julio se quedó en París con el fin de seguir trabajando en su escritura. Terminó finalmente estrenando una obra dirigida por el propio Dumas, que sin embargo tuvo poco éxito. Esto no lo desanimó y en 1851 estaba de lleno en la narrativa: publicó el relato «Los primeros navíos de la marina mexicana» (que luego se conoció como «Un drama mexicano»), sobre dos barcos españoles que fueron tomados por su tripulación y terminaron siendo las primeras embarcaciones de la recién fundada república de

México, y «Un drama en el aire/Un viaje en globo», sobre un hombre que quería llevar un aerostático tan alto como fuese posible. También en 1854 publicó un cuento con marcados tintes góticos, «El maestro Zacarías», la historia de un relojero que creyó alcanzar la perfección de Dios. En 1856 conoció a la que sería su esposa, Honorine du Fraysse de Viane, viuda con dos hijos pequeños. Un año después se casó en secreto con ella (una viuda con dos hijos no era la mujer ideal que el padre quería para su hijo) y se dedicó a trabajar en la Bolsa al tiempo que siguió escribiendo. El matrimonio, al parecer, no le sentó bien y comenzó a viajar por Europa (Inglaterra, Escocia, Escandinavia), huyendo de lo que consideraba cadenas en vez de lazos de felicidad. Durante uno de sus viajes nació su hijo Michel. Michel resentiría las ausencias de su padre durante casi toda su vida, lo que lo llevó a convertirse en un joven rebelde que terminaría en un correccional y hasta en un siquiátrico; en este último por orden de su propio padre. Entonces llegó el año de 1862 y Hetzel (a quien ya hemos nombrado) lo publicó. Comenzaron sus grandes éxitos. *Cinco semanas en globo, Viaje al centro de la Tierra,*

De la Tierra a la Luna, Viajes y aventuras del capitán Hatteras, Los hijos del capitán Grant, Veinte mil leguas de viaje submarino, y por supuesto, La vuelta al mundo en 80 días.

16

Siguió viajando (tuvo, ya se dijo, tres veletros), escribiendo, llevando al teatro sus novelas más exitosas y se metió también en asuntos políticos que lo llevarían a ser concejal de la ciudad de Amiens. En 1886 un sobrino suyo de nombre Gastón le disparó y lo dejó cojo. Al parecer el muchacho tenía problemas mentales. Alguna versión dice que él, en su locura, había visto a su tío unos días antes amenazando a una mujer con un cuchillo en un callejón; otra versión cuenta que fue a pedirle un dinero y que, al negarse Verne, el muchacho, igualmente enloquecido, le disparó dos veces en las piernas. Una bala lo alcanzó, y la herida tardaría en sanar por causa de la diabetes. El escritor quedó cojo a los cincuenta y ocho años y usó bastón el resto de su vida. Poco después murió en Mónaco su célebre editor, Pierre-Jules Hetzel, quien fue además su gran confidente. En 1892 fue nombrado Oficial de la Legión de Honor. Continuó escribiendo todos estos años, y su relación con su

hijo mejoró notablemente. Michel lo acompañó en algunos viajes y hasta escribieron alguna novela en colaboración.

En 1905, el 17 de marzo, el escritor de setenta y siete años cayó gravemente enfermo por causa de la diabetes. El 24 por la mañana falleció en su casa de Amiens. A su sepelio asistieron embajadores de distintos países. El 28, unas cinco mil personas acudieron a su entierro en el cementerio La Madeleine, en Amiens.

En su tumba, diseñada por el escultor Albert-Dominique Roze, se puede ver a Julio Verne, aquel hombre con aspecto de soberbio capitán de barco, emergiendo del suelo, joven, vigoroso, con un brazo extendido hacia el cielo, desprendiéndose de una manta y como elevándose hacia las alturas, hacia el cielo de los escritores que muchos años después de muertos, todavía son leídos.

Donde se cuenta un poco sobre el tiempo en que se viven los hechos

El mundo de Julio Verne fue el mundo de lo nuevo. No el nuevo mundo, entiéndase eso, sino el mundo de lo nuevo, el mundo de la modernidad, que sur-

gió, según los entendidos, con el despuntar del Renacimiento —no hay acuerdos claros con esto— y que continuó hasta mediados de la década de los setenta, del siglo pasado, claro está —su final tampoco está claramente determinado e incluso hay quienes dicen que la modernidad no ha concluido.

18 En el caso de *La vuelta al mundo en 80 días*, nos ubicamos específicamente en un período histórico que se inició en Gran Bretaña durante la segunda mitad del siglo XVIII y que se conoció con el nombre de Revolución Industrial. Eran tiempos de máquinas, de construcción de vías, de medios de transporte, tiempos en los que el hombre investigaba, producía y tenía una fe absoluta en el futuro. Época de descubrimientos, época en la que se pensaba que gracias al uso de la razón, el hombre se liberaría de todas las ataduras que impedían su evolución. Atrás quedaba la Edad Media, el dominio del pensamiento religioso sobre las cosas del hombre. La fe religiosa había girado hacia la fe en el hombre. El hombre era un creador, el centro de sí mismo, dejaba atrás los oscurantismos para buscar un mañana lleno de luz. Las máquinas se convirtieron en los motores de esa luz futura. Ta-

les máquinas, creación del hombre, abrirían caminos en el mundo, harían que todo se moviera más rápido, que las distancias se acortaran. En pocas palabras, el hombre creía que podía tener el mundo al alcance de sus manos, lo que implicaba, sin duda, controlar el tiempo y dominar la naturaleza. Durante la llamada Primera Revolución Industrial, el trabajo agrícola se potenció con la llegada de estas máquinas. Lo que salió de allí pasó a las fábricas, que eran el nuevo y orgulloso edificio del hombre. De modo que, con todo y que el campo se volvió importante, aconteció un gran movimiento de personas hacia la ciudad. También, entre esas grandes máquinas que hicieron su aparición para apresurar y modernizarlo todo, estaban los trenes. Los trenes, a su vez, trajeron grandes vías ferroviarias. La máquina a vapor también se acopló a los barcos, que comenzaron a navegar a mayor velocidad. Surgió, a raíz de este gran movimiento tecnológico, una nueva sociedad, donde el capital —el intercambio de dinero, el trabajo privado, la especialización de la mano de obra— se convirtió en bandera de vida y donde se empoderó el burgués, el pequeño, el mediano, el grande.

Para el momento en que Verne escribió *La vuelta al mundo en 80 días* (1872), la Revolución Industrial no atañía solo al Imperio británico, sino también a muchos otros países, entre ellos los Estados Unidos de América. Había pues todo un sistema de transportes y comunicaciones moviéndose y conectando el mundo. El desarrollo de los trenes y de la navegación había alcanzado un punto realmente importante. Los trenes se habían convertido en el medio de transporte terrestre más utilizado, y los barcos cruzaban los mares llevados por máquinas altamente perfeccionadas. Los trenes y los barcos, los estandartes de los hombres de aquellos días, hombres seguros de sí mismos, hombres contentos de pertenecer a esa época, amos de las manecillas del reloj, dueños casi absolutos de los vaivenes de la naturaleza. Nada podía doblegarlos. Estos hombres iban siempre hacia adelante, no retrocedían, el futuro era de ellos. Tenían, así lo creían, todas las de ganar.

En *La vuelta al mundo en 80 días*, ya se verá, Phileas Fogg es un notabilísimo representante del hombre de ese siglo, un inglés que asume un reto: el de dar la vuelta al globo en un plazo de 80 días,

utilizando para ello todos los medios de transporte que estén a su alcance. Ya lo veremos montándose en tren y en distintas embarcaciones, pero también lo veremos acudiendo a distintos medios que nada tienen que ver con la máquina. Allí está en elefante, por ejemplo. En pleno viaje por la India, Fogg acudirá al paquidermo como medio de transporte. ¿Por qué? Porque el hombre de la modernidad, ya lo dijimos, no retrocede, siempre va hacia adelante, hacia su destino. Y el destino que se hace Phileas Fogg y del que está absolutamente seguro —impávido lo veremos siempre ante cualquier dificultad— será el de cumplir con todo éxito su cometido y ganar la apuesta. Porque es así, el hombre de aquellos tiempos apostaba por su triunfo: la lógica, la razón, sus inventos, su tecnología y su visión de mundo triunfarían sobre todas las cosas. Así, cuando falla incluso la máquina, Fogg no se rinde, y toma un elefante para continuar su recorrido. Lo mismo ocurre cuando, en medio de un gigantesco paisaje de nieve en la inhóspita Nebraska, nuestro héroe inalterable se hace de una especie de trineo de amplias proporciones. Queda claro: la naturaleza está bajo su dominio, no puede

vencerlo. No faltarán otros obstáculos donde Fogg tendrá que acudir a su ingenio, a su razón, a su inteligencia para resolver entuertos que lo alejarán de los avances tecnológicos de su tiempo.

Desde esta perspectiva histórica breve, es posible entender entonces el viaje, la apuesta y la personalidad de Phileas Fogg, un personaje de su tiempo que, gracias a la razón, la lógica y los avances técnicos, apuesta por un futuro mejor donde el tiempo y la naturaleza son su dominio.

Donde damos cuenta de esa voz que es el narrador

El narrador es aquel que cuenta la historia. Como se puede ver en *La vuelta al mundo en 80 días*, el narrador está en tercera persona. Veamos un pequeño ejemplo de la novela: «A Phileas Fogg no se le conocían mujer ni hijos». Acá, como se nota, el narrador cuenta desde un «él»; a él, Phileas Fogg, no le conoce mujer ni hijos. El más frecuente de estos narradores en tercera persona es el narrador dios, o narrador omnisciente. Este narrador sabe todo de todos los personajes de la historia. Es decir, se mete en sus pensamientos, nos informa, a noso-

tros los lectores, lo que piensan los personajes, e incluso puede hasta conocer su futuro y decírnoslo. Un ejemplo sacado debajo de la manga: «No sabían Pedro y María, el día que se conocieron, que se iban a enamorar para siempre». Es claro que el narrador, que es como un dios, sabe incluso lo que les va a pasar a estos dos personajes; sabe, como leímos, que se van a enamorar para siempre.

23

No obstante, en el caso de *La vuelta al mundo en 80 días* no estamos ante un narrador omnisciente o narrador dios. Si te fijas con atención, te darás cuenta de que en muy pocos, contadísimos momentos, sabemos lo que piensa Phileas Fogg. Es decir, este narrador mantiene ocultos los pensamientos del caballero inglés a todo lo largo de la novela, mientras que suele comunicarnos sin empaches lo que piensa su mozo Paspartú. Con todo desparpajo conocemos los pensamientos de este alegre y torpe personaje, pero, ya se dijo, en contadas ocasiones sabemos lo que piensa Fogg, y cuando eso ocurre, no se ahonda en sus pensamientos, sino que apenas se hacen breves anotaciones. Este tipo de narrador se llama «narrador identificado con» o «narrador de conocimiento parcial». Es de-

cir, solo nos comunica, solo «conoce» lo que piensa un grupo de personajes, no todos. «Conoce», entre comillas, porque realmente no es que el narrador no conozca lo que piensa Fogg, sino que se guarda, a lo largo de toda la obra y a propósito, los pensamientos de este personaje. ¿Esto es así porque al escritor, a Julio Verne, le pareció divertido hacerlo? Puede ser, pero también, y creo que es la razón principal, porque de esta manera se mantiene el suspenso, el misterio a todo lo largo de la historia. Fíjate: hay personas que nos parecen misteriosas, ¿no es cierto? Personas que no hablan mucho, que no expresan lo que sienten. Esas personas nos parecen todo un enigma, y las vemos rodeadas de un halo de misterio. Eso quiere hacer Verne con Phileas Fogg, rodearlo de una niebla (*fog* en inglés, es niebla), aportarle cierto toque secreto, lo que lo hace, pues, un personaje más interesante. Pero también, debemos recordar que al inicio de la novela aparece Fix, el policía, y con él la noticia de un robo a un banco. Fix comienza a perseguir a Fogg a lo largo de su recorrido por los predios británicos del mundo y más allá, siempre con la total seguridad de que Fogg es el ladrón al que se hace referen-

cia. ¿Pero es? ¿No es? ¿Fogg ha iniciado ese viaje alrededor del mundo como parte de una apuesta con los caballeros del Reform Club o en realidad lo ha hecho para huir de la justicia? ¿Toda esa cantidad de dinero que lleva consigo es parte del motín? No podemos saberlo. Se mantiene allí una mínima sospecha, porque nada nos dice el narrador al respecto. Con el fin de mantener aún más el misterio, se mete lo menos posible en la mente del caballero. Así, maravillosamente, Fogg se nos convierte en un gran misterio, y es una de las técnicas con las que se logra mantener el interés y la tensión en esta obra.

25

Donde describimos las descripciones

Las descripciones, presentes en este libro, no son, vale decir, descripciones largas, aburridas, contemplativas. En realidad son rápidas, certeras, como pinceladas. Verne era un narrador de aventuras, y por lo tanto, estaba consciente de la importancia del acto de narrar. La descripción, ante la narración tiene un carácter subsidiario; es decir, no es un mero adorno, porque siempre la descripción, en el caso de novelas cargadas de aventura

como *La vuelta al mundo en 80 días*, depende mucho de lo narrado. Una descripción puede tener varios usos: puede servir para crear una **atmósfera**, para embellecer con las palabras el texto, para crear suspenso y, en último caso, para educar. Cuando se nos describen las condiciones del paisaje —si está nublado, si está soleado— allí se está usando la descripción para crear una atmósfera. Cuando, por otro lado, el texto se detiene en las palabras para describir un paisaje, a una persona o un objeto, entonces se está usando la descripción desde lo estético, desde el trabajo de la palabra, es decir, para **embellecer** el texto. También la descripción puede usarse para crear suspenso. Es decir, entre dos acciones principales, justo cuando creemos que un momento de tensión se va resolver, allí podemos meter una descripción que tenga un carácter dilatador, es decir que detenga la acción y nos cree angustia, tensión, **suspenso**. Finalmente tenemos la descripción como una función que sirve para **educar** al lector, pues informa, presenta datos que le aportan al lector un trozo de conocimiento. No se trata de una función del texto descriptivo muy común hoy en día en la literatu-

ra. Pero si nos vamos al tiempo en que fue escrita *La vuelta al mundo en 80 días*, podremos entender que esta función educativa de la descripción era importante. Pensemos bien: en aquel entonces no existía la televisión ni Internet, los medios de conocimiento del mundo eran los libros, las revistas y los periódicos. En la época de Verne, el periodismo, los periódicos se encontraban en pleno proceso de auge. El mundo que para muchos estaba en franco crecimiento, se conocía a través de los periódicos. De hecho, al inicio de la novela, se nos dice, que el *caballero* Phileas Fogg seguramente había «debido viajar por todas partes, al menos en espíritu». Y un poco más adelante se nos informa que «su único pasatiempo consistía en leer periódicos y jugar al *whist*». Como ya se dijo, los periódicos en aquel momento estaban en la cima. En Estados Unidos, por ejemplo, habían aparecido ya dos grandes magnates del periodismo, Joseph Pulitzer y William Randolph Hearst. Existía desde 1848 la AP, o Associated Press, la primera agencia de noticias estadounidense. El periódico era sinónimo de velocidad. De hecho, en 1831 el escritor y político Alphonse de Lamartine dictaminó que

«antes que el siglo se acabe, el periodismo lo será todo, el pensamiento humano en su totalidad». Es decir, de Lamartine juraba que el libro no alcanzaría la velocidad de los tiempos, que el libro llegaría tarde a todo, y que el único libro posible sería el periódico. Con todo, los libros también se usaron para transmitir conocimientos; *La vuelta al mundo en 80 días* es un ejemplo de ello. A través de sus páginas, el lector podía conocer, hacerse imágenes en su mente de regiones como África, la India, China, Japón y Estados Unidos. Aunque, y para reforzar la tesis del periódico, debemos recordar que originalmente esta novela de Verne fue publicada por entregas. Sin duda, toda su emoción, todo su suspenso y toda su actualidad estuvieron dados por el formato de la prensa. Así, esa cultura que estaba en los periódicos y las revistas, esa cultura de la que Fogg aprendía en sus lecturas diarias, con las que diariamente se educaba o culturizaba, se encuentran reflejadas en esta novela a través de unas descripciones veloces, impresionistas, no exageradamente detalladas ni exquisitas, cosa que agradece un lector como yo, y lo que también, sin duda, ha contribuido a que la novela siga siendo leída sin

mayores problemas por lectores contemporáneos que ya no necesitan amplias descripciones de lugares y costumbres...

Aunque quizás en el fondo las requieran. Pero ya sabemos, nadie puede contra la velocidad de los tiempos y, sin duda, creemos que ya todo lo hemos visto por televisión y por Internet. Pero este es otro asunto, que ahora no viene al caso.

29

Donde hablamos, en boca propia de un inglés, de los ingleses y los franceses

Un inglés y un francés, estos son los dos personajes principales de *La vuelta al mundo en 80 días*. Verne, lo sabemos, era francés. Pero utiliza como motor de su historia a un inglés y, si bien este es el protagonista de la novela, Paspartú no deja de tener un rol importantísimo. De hecho, como ya dijimos en otro apartado, el narrador nos permite conocer de cerca a Paspartú, y se mantiene siempre a la distancia de Fogg, el inglés. Bien sabemos que tal distanciamiento se hace incluso con intenciones de crear suspenso, pero de igual manera puede que esta lejanía con respecto al inglés y esa cercanía con respecto al alocado francés, también

tenga que ver con la nacionalidad y las simpatías de Verne, y con un arquetipo de temperamento, con una idea generalizada, digamos, de lo que son las personalidades de los ingleses y los franceses.

30 Para hablar de esto no acudiré a complejos tratados de sicología, de sociología o de historia. Simplemente me limitaré a un texto escrito por unos ingleses, donde estos ingleses hablan de los franceses. Veamos:

En el tomo VIII del libro *The Society of Arts Artisan Reports on the Paris Universal Exhibition of 1878* dedicado a las imprentas, se nos presenta un interesante y minucioso detalle sobre los distintos países que llevaron su tecnología editorial a París durante, como ya se ve, la exhibición universal de París de 1878 (recordemos que *La vuelta al mundo...* fue escrita en 1872). El reporte está hecho por los ingleses William Bright y Peter Lowson, y fue publicado un año más tarde del gran evento (1879). Bright nos dice que la exposición fue «*extremely poor*» (extremadamente pobre) en lo que atañe a la impresión, y nos cuenta que, aun así, los franceses fueron los más destacados. Las descripciones más interesantes que Bright nos regala son

las de las máquinas de M. Marinoni, «*eminent mechanician*» (mecánico eminente). Son tres, y una de ellas, la Petit Journal, puede imprimir 40 000 mil ejemplares en una hora. Dice también que aquellas máquinas son manejadas por jóvenes aprendices, huérfanos de un orfanato ubicado en Auteuil.

Pero lo realmente interesante se encuentra hacia el final del libro, y corre por cuenta de Lawson. Luego de que se nos describe muy seriamente todas las maquinarias observadas, Lawson se detiene de pronto, en los últimos párrafos, a hacer una comparación entre los ingleses y los franceses. Dice Lawson, por ejemplo, que cuando un hombre y una mujer de la clase trabajadora inglesa se casan, la mujer deja su trabajo y se dedica al cuidado del hogar, de su marido y más adelante de los hijos. Luego, con molestia, nos informa que las mujeres francesas no dejan de trabajar, y que cuando tienen hijos, los meten en guarderías, donde pagan 30 o 40 francos y a veces un kilo de azúcar por mantenerlos allí. Sin dejar de mostrar su creciente inconformidad y desacuerdo con el estilo de vida francés, escribe, por ejemplo, lo siguiente:

«Este modo de vida, común entre la clase trabajadora, me parece realmente injustificable. No hay entre ellos el sentimiento hogareño que tenemos nosotros; la mayor parte del tiempo la pasan fuera de casa, y esta es solo un lugar para dormir. Como ambos, tanto el hombre y la mujer están comprometidos con el trabajo durante el día, sus comidas las realizan en los restaurantes, o en la vinaterías, y en las noches es común ver al hombre a y su esposa encontrándose allí o llegando juntos para sentarse a una mesa y disfrutar de una cena.»

Allí tenemos una visión, la de Lowson, todo un vistazo de lo que eran, para aquel momento, las diferencias culturales, de temperamento, entre ingleses y franceses, y que, sin duda, podrás ver reflejado en los dos personajes principales de nuestra novela: Phileas Fogg y Jean Paspartú. Fogg, matemático, reservado, poco interesado en lo que le rodea (él solo anhela ir hacia adelante, cumplir con su cometido), y Paspartú, alocado, ocurrente, caótico, curioso. Fogg, a pesar de que sale a recorrer el mundo, es un personaje muy interior, mientras que Paspartú es un personaje que se relaciona ampliamente con lo exterior.

Los comentarios de Lawson calzan a la perfección con esto que acá estamos diciendo. La época corresponde, las maneras de ser encajan; sin embargo, los personajes, como las personas, son siempre más complejos que una caracterización sencilla o reduccionista; así que en la novela siempre habrá un poco más de profundidad ellos, y eso es de agradecer.

33

Donde se dice que ya nada más

Pues bien, y ya nada más, querido lector. Si lees este texto antes de empezar, pues muy bien; no obstante, sería un grato ejercicio volver sobre estas páginas una vez que hayas terminado la novela. También sería muy grato que buscaras un poco más, que nos dejáramos ganar por la curiosidad que tuvo Verne. Estaría muy bien hacer un mapa del recorrido que hicieron nuestros personajes, ver cuáles territorios pertenecían en ese momento al imperio británico, y cuáles no. Averiguar, por ejemplo, cómo estaban las relaciones políticas para la fecha entre los ingleses y los franceses.

Por cada país hay temas más que fascinantes. La religión de la India, la diosa Kali, el asunto de los sacrificios humanos, el circo, los indios americanos, los trenes, los barcos, las rutas. Puedes investigar sobre lo que quieras, en todo encontrarás historias magníficas. La curiosidad, querido lector, nos ha llevado lejos. La curiosidad se traduce en insatisfacción. Mientras estemos insatisfechos con lo que somos y con lo que sabemos, siempre iremos hacia adelante. La curiosidad, la insatisfacción con nuestra existencia, nos ha llevado a otros mares, a otras tierras, fuera del espacio, incluso a la luna. Sigamos adelante pues, sigamos leyendo, sigamos investigando. Sigamos en la aventura de leer y en la aventura de vivir. ¡Adelante!



En el año de 1872, la casa número 7 de Saville Row, Burlington Gardens —donde murió Sheridan en 1814— estaba habitada por Phileas Fogg, quien a pesar de que parecía haber tomado la decisión de no hacer nada que pudiese llamar la atención, era uno de los miembros más notables y singulares del Reform Club de Londres.

37

Por consiguiente, Phileas Fogg, personaje enigmático del cual solo se sabía que era un hombre muy galante y de los más cumplidos caballeros de la alta sociedad inglesa, sucedía a uno de los más grandes oradores que honran a Inglaterra.

Se decía que tenía un aire a lo Byron —su cabeza, se entiende, porque en cuanto a los pies no tenía defecto alguno—, pero a un Byron de bigote y patillas, a un Byron impassible, que hubiera vivido mil años sin envejecer.

Phileas Fogg era inglés de pura cepa, pero quizás no había nacido en Londres. Jamás se le había visto en la Bolsa ni en el Banco, ni en ninguno de los despachos mercantiles de la ciudad. Ni las dársenas ni los muelles de Londres recibieron nunca un navío cuyo armador fuese Phileas Fogg. Este caballero no figuraba en ningún comité de administración. Su nombre nunca se había oído en un colegio de abogados, ni en Gray's Inn. Nunca informó en la Audiencia del canciller, ni en el Banco de la Reina, ni en el Exchequer, ni en los Tribunales Eclesiásticos. No era ni industrial, ni negociante, ni mercader, ni agricultor. No formaba parte ni del Instituto Real de la Gran Bretaña, ni del Instituto de Londres, ni del Instituto de los Artistas, ni del Instituto Russel, ni del Instituto Literario del Oeste, ni del Instituto de Derecho, ni de ese Instituto de las Ciencias y las Artes Reunidas que está colocado bajo la protección de Su Graciosa Majestad. En fin, no pertenecía a ninguna de las numerosas Sociedades que pueblan la capital de Inglaterra, desde la Sociedad de la Armónica hasta la Sociedad Entomológica, fundada principalmente con el fin de destruir los insectos nocivos.

Phileas Fogg era miembro del Reform Club y nada más.

A quien le hubiese extrañado que un caballero tan misterioso alternase con los miembros de esta digna asociación, se le podría haber respondido que entró en ella recomendado por los hermanos Baring. De aquí cierta reputación debida a la regularidad con que sus cheques eran pagados, a la vista del saldo de su cuenta corriente, invariablemente acreedor.

39

¿Era rico Phileas Fogg? Indudablemente. Cómo había realizado su fortuna, es lo que los mejor informados no podían decir, y para saberlo, el último a quien convenía dirigirse era al propio señor Fogg. En todo caso, aun cuando no se prodigaba mucho, no era tampoco avaro, porque en cualquier parte donde faltase auxilio para una cosa noble, útil o generosa, solía prestarlo con sigilo y hasta con el velo del anonimato.

En suma, encontrar a alguien que fuese menos comunicativo que este caballero era cosa difícil. Hablaba lo menos posible y parecía tanto más misterioso cuanto más silencioso era. Llevaba su vida al día, pero lo que hacía era siempre lo mismo, de

tan matemático modo, que la imaginación descontenta buscaba algo más allá.

40 ¿Había viajado? Era probable, porque conocía el mapamundi mejor que nadie. No había sitio, por oculto que pudiera hallarse, del que no pareciese tener un especial conocimiento. A veces, pero siempre en pocas, breves y claras palabras, rectificaba los mil propósitos falsos que solían circular en el club acerca de viajeros perdidos o extraviados; indicaba las probabilidades que tenían mayores visos de realidad y a menudo sus palabras parecían haberse inspirado en una doble vista. De tal manera, el suceso acababa siempre por justificarlas. Era un hombre que debía haber viajado por todas partes, cuando menos, de memoria.

Lo cierto era que desde hacía muchos años Phileas Fogg no había dejado Londres. Quienes tenían el honor de conocerle más a fondo atestiguaban que —excepción hecha del camino diariamente recorrido por él desde su casa al club— nadie podía pretender haberlo visto en otra parte. Eran sus únicos pasatiempos leer los periódicos y jugar al *whist*. Solía ganar a ese silencioso juego, tan apropiado a su naturaleza, pero sus beneficios nunca

entraban en su bolsillo, que figuraban por una suma respetable en su presupuesto de caridad. Por lo demás —bueno es consignarlo—, el señor Fogg, evidentemente, jugaba por jugar, no por ganar. Para él el juego era un combate, una lucha contra una dificultad; pero lucha sin movimiento y sin fatigas, condiciones ambas que convenían mucho a su carácter.

41

Nadie sabía que tuviese mujer ni hijos —cosa que puede suceder a la persona más decente del mundo—, ni parientes ni amigos —lo cual era en verdad algo más extraño—. Phileas Fogg vivía solo en su casa de Saville Row, en donde nadie penetraba. Un criado único le bastaba para su servicio. Almorzaba y cenaba en el club a horas cronométricamente determinadas, en el mismo comedor, en la misma mesa, sin tratar nunca con sus colegas, sin convidar jamás a ningún extraño, solo volvía a su casa para acostarse a la media noche exacta, sin hacer uso en ninguna ocasión de los cómodos dormitorios que el Reform Club pone a disposición de los miembros del círculo. De las veinticuatro horas del día, pasaba diez en su casa, que dedicaba al sueño o al tocador. Cuando paseaba, era

invariablemente y con paso igual, por el vestíbulo que tenía mosaicos de madera en el suelo, o por la galería circular coronada por una media naranja con vidrieras azules que sostenían veinte columnas jónicas de pórfido rosa. Cuando almorzaba o cenaba, las cocinas, la repostería, la despensa, la pescadería y la lechería del club eran las que, con sus suculentas reservas, proveían su mesa; los camareros del club, graves personas vestidas de negro y calzados con zapatos de suela de fieltro, eran quienes le servían en una vajilla especial y sobre admirables manteles de lienzo sajón; la cristalería o molde perdido del club era la que contenía su sherry, su oporto o su clarete mezclado con canela, capilaria o cinamomo; en fin, el hielo del club —hielo traído de los lagos de América a costa de grandes desembolsos—, conservaba sus bebidas en un satisfactorio estado de frialdad.

Si vivir en semejantes condiciones es lo que se llama ser excéntrico, preciso es convenir que algo tiene de bueno la excentricidad.

La casa en Saville Row, sin ser suntuosa, se recomendaba por su gran comodidad. Por lo demás, con los hábitos invariables del inquilino, el

servicio no era penoso. Sin embargo, Phileas Fogg exigía de su único criado una regularidad y una puntualidad extraordinarias. Aquel mismo día, 2 de octubre, Phileas Fogg había despedido a James Foster por el enorme delito de haberle llevado el agua para afeitarse a 84 grados Fahrenheit en vez de 85, y esperaba a su sucesor, que debía presentarse entre once y once y media.

Phileas Fogg, rectamente sentado en su butaca, los pies juntos como los de los soldados en formación, las manos sobre las rodillas, el cuerpo derecho, la cabeza erguida, veía girar el minuterio del reloj, complicado aparato que señalaba las horas, los minutos, los segundos, los días y los años. Al dar las once y media, el señor Fogg, según su costumbre diaria, debía salir de su casa para ir al Reform Club.

En aquel momento llamaron a la puerta de la habitación que ocupaba Phileas Fogg.

El despedido James Foster apareció y dijo:

—El nuevo criado.

Un mozo de unos 30 años se dejó ver y saludó.

—¿Eres francés y te llamas John? —le preguntó Phileas Fogg.

—Jean, si el señor no lo lleva a mal —respondió el recién llegado—. Jean Paspartú¹, apodo que me ha quedado y que justificaba mi natural aptitud para salir de todo apuro. Creo ser honrado, aunque, a decir verdad, he tenido varios oficios. He sido cantor ambulante, he sido artista de circo donde daba el salto como Leotard y bailaba en la cuerda como Blondín; luego, a fin de hacer más útiles mis servicios, he llegado a profesor de gimnasia, y por último, era sargento de bomberos en París, y aún tengo en mi hoja de servicios algunos incendios notables. Pero hace cinco años que he abandonado Francia, y queriendo experimentar la vida doméstica, soy ayuda de cámara en Inglaterra. Y hallándome desacomodado y habiendo sabido que el señor Phileas Fogg era el hombre más exacto y sedentario del Reino Unido, me he presentado en casa del señor, esperando vivir con tranquilidad y olvidar hasta el apodo de Paspartú.

—Paspartú me conviene —respondió el caballero—. Me has sido recomendado. Tengo buenos informes sobre tu conducta. ¿Conoces mis condiciones?

—Sí, señor.

¹Nota del editor: *Passepartout* en el original en francés, que significa «Picaporte».

—Bien. ¿Qué hora tienes?

—Las once y veintidós —respondió Paspartú, sacando de las profundidades del bolsillo de su chaleco un enorme reloj de plata.

—Estás atrasado.

—Perdóneme el señor, pero es imposible.

—Vas cuatro minutos atrasado. No importa. Basta con hacer constar la diferencia. Conque desde este momento, las once y veintinueve de la mañana, hoy miércoles 2 de octubre de 1872, entras a mi servicio.

45

Dicho esto, Phileas Fogg se levantó, tomó su sombrero con la mano izquierda, lo colocó en su cabeza mediante un movimiento automático, y desapareció sin decir palabra.

Paspartú oyó por primera vez el ruido de la puerta que se cerraba: era su nuevo amo que salía. Luego, escuchó por segunda vez el mismo ruido: era James Foster que se marchaba también.

Paspartú se quedó solo en la casa de Saville Row.